

el Casino mismo, del Ayuntamiento todo, como las aguas y el alcantarillado y convendría mucho que la Corporación no olvidara jamás, para no abusar de su posesión, que eso es de todos, no porque sea del Ayuntamiento y éste la representación del Común, sino porque entre todos lo hicimos, aunque él solo lo ostente ahora, y para no malograrlo se

puso en el Ayuntamiento una baraja de hombres sanos, ecuanímenes y entusiastas que supieran armonizar los intereses de todos y dar cima a los proyectos.

El espacio no permite hoy hacer más indicaciones pero no son éstas solas las que se harán sobre el teatro. Cuidando ese espíritu, con esa levadura se podrán hacer otras muchas cochuras.

SUCEDIDOS

Modus operandi

Tenía D. Gabrielito una finca y en ella una higuera de higos blancos.

Cuando echó las dos primeras brevas, el mayoral se las mandó con el zagal y una esquila diciendo: "D. Gabriel: ahí le mando las dos primeras brevas de la higuera. Verá usted que son buenísimas".

Al chico le dió la tentación de probarlas y se comió una.

Al presentársela a D. Gabriel, le dice éste:

—Vamos a ver, cómo te has comido la breva.

El muchacho coge la otra que estaba encima de la mesa y se la come de un bocado.

—¡No, hombre!, dice el amo, ¿Es que te vas a comer las dos?

—Como me ha dicho que vamos a ver cómo me la he comido, creía que quería ver cómo me la he comido y por obedecerle, ¡velay!

Tomar y dejar

Llega Jorge a casa de Pedro Eugenio que estaba comiendo una liebre que había cazado y le ofrece el pan para que tome una tajada y eche un trago. Coge la mayor parte del pan, dejando un trozo pequeño y Pedro que no esperaba que se partiera tanto, dice:

—¡No, hombre, coge más! - y Jorge responde:

—Si es el de abajo el que voy a coger.

Fue un chico nuevo a la Escuela del P. Agapito y todo se le volvía hablar con los demás.

El maestro le dijo por tres veces:

—En esta Escuela no se habla.

Y a la cuarta le dió un bofetón.

El chico se puso las dos manos en el carrillo, diciendo:

—¡Jorobar! Qué fuerte pegan en esta Escuela.

—¿No te he dicho que aquí no se habla? prosiguió el dómine muy tranquilo

—Sí, pero yo no me lo creiba.